



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE BOLLETTINO

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. 100624A

Lunes 10.06.2024

Visita del Santo Padre Francisco al Capitolio

Discurso del Santo Padre

Saludo pronunciado espontáneamente a los empleados reunidos en la *Piazza del Campidoglio*

Esta mañana, tras salir de la Casa Santa Marta, el Santo Padre Francisco realizó una visita al Capitolio.

A su llegada, el Papa fue recibido por el alcalde de Roma, el H. Roberto Gualtieri. A continuación, saludado por los toques de trompeta de los fieles de Vitorchiano, entró en el *Tabularium*. El Santo Padre y el alcalde se detuvieron en el primer arco que da al Foro Romano. Tras tomar el ascensor hasta la primera planta del Palazzo Senatorio, el Papa Francisco entró en el despacho del alcalde para la reunión privada.

Al término de la reunión, el Alcalde presentó los miembros de la Familia al Santo Padre. A continuación, el Papa saludó a los miembros de la Secretaría del Alcalde reunidos para esperarle en la Sala dell'Arazzo; posteriormente, en la Sala delle Bandiere, estampó su firma en el «Libro de Oro» del Ayuntamiento de Roma. A continuación, en la Sala Giulio Cesare, el Santo Padre se reunió con los consejeros, asesores y otras autoridades invitadas.

Tras los discursos de saludo de la H. Sra. Svetlana Celli, presidenta de la Asamblea Capitolina, y del alcalde de Roma, el H. Sr. Roberto Gualtieri, el Papa se dirigió a los administradores municipales. Tras el discurso tuvo lugar el intercambio de dones: el alcalde entregó al Papa una medalla de plata en recuerdo de la visita y un documento en el que se recogen algunas iniciativas sociales, el Santo Padre obsequió al Ayuntamiento con un mosaico que representa el Arco de Tito, al alcalde con un tríptico de medallas y a los concejales, a los que saludó individualmente, con medallas y la Bula de Convocación del Jubileo.

Al término, el Papa y el alcalde se asomaron a la Loggia del Palacio Senatorio y el Santo Padre saludó a los empleados reunidos en la *Piazza del Campidoglio*. De vuelta a la *Sala Giulio Cesare*, el Papa Francisco y el alcalde se detuvieron ante la placa conmemorativa de la visita. A continuación, pasando por la Sala «Laudato si'», llegaron a la Sala de la Protomoteca donde estaban reunidos los empleados capitolinos.

En el Pórtico del Vignola, entre los toques de trompeta de los fieles de Vitorchiano, el Santo Padre Francisco se despidió del alcalde Roberto Gualtieri y abandonó el Capitolio para regresar al Vaticano.

Publicamos a continuación el discurso que el Papa dirigió a los administradores municipales durante su visita al Capitolio y las palabras que, con sus propias palabras, dirigió a los empleados reunidos en la *Piazza del Campidoglio*:

Discurso del Santo Padre

Señor Alcalde

Señoras y Señores Asesores del Ayuntamiento de Roma,

Distinguidas Autoridades,

¡Queridos amigos!

Agradezco al Señor Alcalde la agradable invitación y las amables expresiones que me ha dirigido; y doy las gracias a la Presidenta de la Asamblea Capitolina por sus palabras de bienvenida. Saludo a los consejeros y asesores del Ayuntamiento, a los representantes del Gobierno, a las demás autoridades presentes y a todos los ciudadanos de Roma.

Al volver a visitarlos, tengo sentimientos de gratitud y de alegría. Vengo a encontrarme con ustedes y, a través de ustedes, con toda la ciudad, que casi desde su nacimiento, hace unos 2.800 años, ha tenido una clara y constante vocación de universalidad. Para los fieles cristianos, este papel no fue fruto de la casualidad, sino que correspondía a un designio providencial.

La antigua Roma, gracias a su desarrollo jurídico y a su capacidad de organización, y a la construcción a lo largo de los siglos de instituciones sólidas y duraderas, se convirtió en un faro al que muchos pueblos acudieron para disfrutar de estabilidad y seguridad. Este proceso le permitió ser un centro irradiador de civilización y acoger a gentes de todo el mundo e integrarlas en su vida civil y social, hasta el punto de hacer que no pocos de ellos asumieran las más altas magistraturas del Estado.

Esta antigua cultura romana, que sin duda experimentó muchos buenos valores, necesitaba por otra parte elevarse, confrontarse con un mensaje de fraternidad, amor, esperanza y liberación más amplio.

La aspiración de aquella civilización, que había alcanzado la cima de su florecimiento, ofrece otra explicación de la rápida difusión del mensaje cristiano en la sociedad romana. El brillante testimonio de los mártires y el dinamismo de caridad de las primeras comunidades de creyentes interceptaron la necesidad de escuchar nuevas palabras, palabras de vida eterna: el Olimpo ya no era suficiente, había que ir al Gólgota y ante la tumba vacía del Resucitado para encontrar las respuestas al anhelo de verdad, justicia y amor.

Esta Buena Nueva, la fe cristiana, impregnaría y transformaría con el tiempo la vida de las personas y de las propias instituciones. Habría ofrecido a las personas una esperanza mucho más radical y sin precedentes; habría ofrecido a las instituciones la posibilidad de evolucionar hacia un estadio superior, abandonando gradualmente -por ejemplo- una institución como la esclavitud, que incluso a tantas mentes cultas y corazones sensibles había parecido un hecho natural y dado por sentado, en absoluto susceptible de abolición.

Esto de la esclavitud es un ejemplo muy significativo del hecho de que incluso las civilizaciones refinadas pueden tener elementos culturales tan arraigados en la mentalidad de los individuos y de la sociedad en su conjunto que ya no se perciben como contrarios a la dignidad del ser humano. Éste es también el caso hoy en día, cuando, casi inconscientemente, a veces corremos el riesgo de ser selectivos y parciales en la defensa de la dignidad humana, marginando o descartando a ciertas categorías de personas, que acaban por encontrarse sin la protección adecuada.

A la Roma de los Césares le sucedió -por así decirlo- la Roma de los Papas, sucesores del apóstol Pedro, que « presiden en la caridad » a toda la Iglesia y que, en algunos siglos, también tuvieron que desempeñar un papel de sustitución de los poderes civiles en la progresiva desvertebración del mundo antiguo, y a veces, con comportamientos infelices. Muchas cosas cambiaron, pero la vocación de universalidad de Roma se vio confirmada y exaltada. Si de hecho el horizonte geográfico del Imperio Romano tenía su corazón en el mundo mediterráneo y, aunque muy vasto, no abarcaba toda la Urbe, la misión de la Iglesia no tiene fronteras en esta tierra, porque debe dar a conocer a Cristo, su acción y sus palabras de salvación a todos los pueblos.

A partir de la Unificación de Italia, se abrió una nueva etapa en la que, tras contrastes y desencuentros con el nuevo estado unitario, en el contexto de lo que se llamó la «Cuestión Romana», se llegó hace 95 años a la Conciliación entre el poder civil y la Santa Sede.

Este año se cumple además el 40 aniversario de la revisión del Concordato. En él se reafirmó que el Estado italiano y la Iglesia católica son, «cada uno en su orden, independientes y soberanos, comprometiéndose a respetar plenamente este principio en sus relaciones y a cooperar mutuamente para la promoción de la humanidad y el bien del país» (art. 1 del Acuerdo sobre la revisión del Concordato, 3 de junio de 1985).

Roma siempre ha confirmado, incluso en estas fases históricas más recientes, su vocación universal, como atestiguan los trabajos del Concilio Ecuménico Vaticano II, los diversos Años Santos celebrados, la firma del Tratado constitutivo de la Comunidad Económica Europea, así como del Tratado constitutivo de la Corte Penal Internacional, los Juegos Olímpicos de 1960 y las Organizaciones Internacionales, en particular la FAO, que tienen su sede en Roma.

Ahora Roma se prepara para acoger el Jubileo de 2025. Este acontecimiento es de carácter religioso, una peregrinación orante y penitente para obtener de la misericordia divina una reconciliación más completa con el Señor. Sin embargo, no puede dejar de implicar también a la ciudad en cuanto a los cuidados y las obras necesarias para acoger a los numerosos peregrinos que la visitarán, además de los turistas que vienen a admirar su inmenso tesoro de obras de arte y las grandiosas huellas de los siglos pasados. Roma es única. Por eso, el próximo Jubileo también puede tener un impacto positivo en la propia fisonomía de la ciudad, mejorando su decoro y haciendo más eficaces los servicios públicos, no sólo en el centro, sino también acercando el centro a los suburbios. Esto es muy importante, porque la ciudad está creciendo y esta atención, esta relación es cada día más importante. Y por eso me gusta ir a visitar las parroquias de los suburbios, para que sientan que el obispo está cerca de ellas; porque es muy fácil estar cerca del centro -yo estoy en el centro-, pero ir a visitar los suburbios es la presencia del obispo allí.

Es impensable que todo esto pudiera tener lugar de forma ordenada y segura sin la cooperación activa y generosa de las autoridades del municipio de la capital y de las nacionales. A este respecto, agradezco calurosamente a las Autoridades municipales su empeño en preparar Roma para acoger a los peregrinos del próximo Jubileo, y agradezco al Gobierno italiano su plena disposición a cooperar con las Autoridades eclesiásticas para el éxito del Jubileo, confirmando el deseo de cooperación amistosa que caracteriza las relaciones mutuas entre Italia y la Santa Sede, que son relaciones humanas. Muchas veces, la mezquindad puede llevarnos a pensar que las relaciones tienen que ver con el dinero: no, esto es secundario. Son las relaciones humanas entre las autoridades.

Roma es una ciudad con un espíritu universal. Este espíritu quiere estar al servicio de la caridad, al servicio de la acogida y de la hospitalidad. Que los peregrinos, los turistas, los emigrantes, los que están en apuros, los más pobres, los solitarios, los enfermos, los presos, los excluidos sean los testigos más fieles de este espíritu -por eso he decidido abrir una Puerta Santa en una cárcel- y que den testimonio de que la autoridad es plenamente tal cuando se pone al servicio de todos, cuando utiliza su poder legítimo para satisfacer las necesidades de la ciudadanía y, en particular, de los más débiles, los últimos. Y esto no es sólo para ustedes los políticos, es también para los sacerdotes, para los obispos. Cercanía, proximidad al pueblo de Dios para servirlo, para acompañarlo.

Que Roma siga mostrando su rostro, un rostro acogedor, hospitalario, generoso, noble. La enorme afluencia a la Urbe de peregrinos, turistas y emigrantes, con todo lo que significa en términos de organización, podría verse como un agravante, una carga que ralentiza y entorpece el flujo normal de las cosas. En realidad, todo esto es Roma, su especificidad, única en el mundo, su honor, su gran atractivo y su responsabilidad hacia Italia, hacia la Iglesia, hacia la familia humana. Cada uno de sus problemas es el «reverso» de su grandeza y, de ser un factor de crisis, puede convertirse en una oportunidad de desarrollo: civil, social, económico, cultural.

El inmenso tesoro de cultura e historia que yace en las colinas de Roma es el honor y la carga de su ciudadanía y de sus gobernantes, y espera ser debidamente valorado y respetado. Que todo el mundo sea consciente del valor de Roma, del símbolo que representa en todos los continentes -no olvidemos el mito del origen de Roma como renacimiento de las ruinas de Troya- y que la colaboración activa recíproca entre todos los poderes que allí residen se confirme, o mejor, crezca, para una acción coral y constante que la haga aún más digna del papel que el destino, o más bien la Providencia, le tiene reservado.

Durante décadas, desde que era un joven sacerdote, he sentido devoción por la *Salus Populi Romani*, y cada vez que iba a Roma

acudía a ella. A ella, a la *Salus Populi Romani*, le pido que vele por la ciudad y el pueblo de Roma, que infunda esperanza y suscite caridad, para que, confirmando sus más nobles tradiciones, siga siendo, incluso en nuestro tiempo, faro de civilización y promotora de paz. Gracias.

Saludo dirigido espontáneamente a los empleados reunidos en la *Piazza del Campidoglio*

¡Buenos días! Saludo a todos ustedes, al Ama, a la Protección Civil, a los gendarmes, a las personas que trabajan aquí: ¡muchas gracias por su acogida, muchas gracias!

Me permito hoy, en este momento, hacer una oración por Roma, por nuestra ciudad.

Ave María, ...

[Bendición].

¡Gracias por su trabajo, gracias por lo que hace por la ciudad! Y, por favor, ¡no olvide rezar por mí! ¡Gracias!
